REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 19 DE DICIEMBRE DE 1921 | Nº 17

MOTIVOS DE LA CIUDAD

POR ALBERTO GERCHUNOFF

TESORO DE LOS HUMILDES

QUIEN ha visto ayer tarde aglomeradas las nubes en el horizonte, ha tenido una impresión curiosa de arte y de belleza. Eran nubes magníficamente blancas que la luz del día, claro y alegre, tornasolaba en su transparencia. Formaban algo así como una ciudad fantástica, de arquitectura grandiosa y deforme, de cuyo conjunto emergían, bañados de lumbre suave, arcos y cúpulas.

¿Quién ha labrado, allá, en lo alto, ese caserío dispuesto en orden suntuoso?

Los magos del aire—viento y sol—trabajaron en sus montañas efímeras y en sus laderas sutiles, socavaron barrios irreales, que alucinan con su albo reflejo la ruta de los viajeros, sobre la desolada superficie del mar.

De tal modo se encantó la tarde de ayer, de tal manera se vistió de diafanidad, poniendo en los ojos un vasto deslumbramiento y un goce pacífico, un júbilo quieto, benigno, en el espíritu de aquellos que tienen en la nube vagabunda, en el errante pájaro, en la melodía gorjeada sobre una rama, un espectáculo de maravillas.

Gran espectáculo el de la naturaleza. Los humildes de corazón disfrutan ese privilegio de Dios, sin necesidad de otra ceremonia que la propia disposición, puesto que los espectadores de tal teatro, van con el alma exhibida, es decir, de gala. ¿Qué se necesita para gozar de la visión del cielo? ¿Qué se necesita para percibir el canto del hilo de agua, oído en la fuente canora de la breña? El canto se renueva perpetuamente en el espíritu como se renueva la nube y el nido. Es el tesoro de los pobres que usufructuan con avara voluptuosidad el panorama infinitamente distinto e idéntico. ¡Es tan sencillo! Se abre la ventana, se olvida el libro en un ángulo de la mesa y se encierra uno en su silencio como en una torre, y así se contempla el tesoro milagroso, el milagroso tesoro de los humildes...

INMORTALIDAD

CUANDO un gran poeta llega a vivir en la memoria de las gentes y a ser recitado al par de los rimadores mediocres, es desde luego un genio. El crítico, que es un espíritu estéril y orgulloso, confía sólo en el gusto de los refinados, que representa con su amaneramiento propio y con su gélida sabiduría. Estima a un autor si éste consigue el aplauso de la flaca y exigente minoría y es repudiado por el público múltiple. Así mide el crítico los méritos de la obra de arte. Nosotros pensamos de otro modo. Creemos que si un poeta, poseedor, realmente, de fuerzas creadoras llega a gustar como si fuera un mal poeta, es, en efecto, inmortal. Hay un medio para comprobarlo. Las mujeres sancionan a los poetas; el recitado popular los consagra. Ello se explica. Los grandes poetas son de comprensión universal, inocentes de su obra magnífica; son como niños, que juegan con su tesoro sin darse cuenta cabal de su valor. Encierran el infinito, aprisionan la vasta totalidad de las cosas en el verso cuya interpretación varía al pasar por la superficie de cada alma, reflejando su obscura profundidad. El poeta débil y trillado dice una ínfima partícula; el gran poeta contiene lo conocido y lo desconocido. Es la chispa casi invisible y la mina toda de piedras preciosas. El gran poeta gusta al pueblo y gustó al refinado. El poeta vulgar sólo gusta al pueblo. Y bien: ¿no es curioso averiguar qué poetas, estimados por las «élites» empiezan a penetrar en el corazón de la multitud? El domingo es un día indicado para tareas tan exquisitas. Es un examen simple. La gente popular se distrae en representaciones de aficionados y ameniza los matinées de bailes con entreactos poéticos. El cronista ha dedicado su tarde de ayer para investigar el problema y ha llegado a este resultado: Calderón de la Barca y Rubén Darío son los más difundidos. Monólogos de «La vida es sueño» y la «Sonatina» de Rubén andan haciendo pareja con trozos de «La flor de un día» y «La pasionaria». Rubén se codea en la admiración pública con lo más suburbano de la literatura y con lo más grande de la poesía española. Rubén ha logrado la inmortalidad.

(*Babel*. Buenos Aires).

La impresión ingenua

POR JOSE SILVANO

Las leyes para el museo o la exportación.

EN próxima oportunidad, uno de los Secretarios del Ejecutivo, refiriéndose a una cuestión de su competencia, dió esta leccioncilla gratis de Historia y de Derecho Constitucional: «Los pueblos pueden dividirse en tres categorías: los que tienen leyes y las cumplen, son los pueblos adelantados; los que las tienen y no las cumplen, son los pueblos imbéciles; y los que no las cumplen y no las tienen, son los salvajes. México debe figurar en la primera categoría y estamos resueltos a que figure en ella».

Extendiendo una mirada por toda la civilización de las repúblicas hispano-americanas, estudiando la fase actual de su evolución, podemos convencernos de que en estos países impera la segunda categoría establecida por el sabio publicista citado por el Secretario a que aludimos. (Publicista: palabra que significa escritor sobre Derecho Constitucional Público o privado. Entendido, señores colegas!)

No podemos negar que el calificativo de imbéciles, aplicado a nuestras jóvenes repúblicas, es un poco chocante; pero la lógica de las categorías establecidas nos impide mayor blandura. En nuestros pueblos se nota el afán de legislar, por una parte, y por la otra, el de burlar la ley. En tanto que los cuerpos legislativos, casi siempre desviados de sus verdaderas funciones económicas y censoras, se lanzan por las vías de la más extravagante imitación extranjera, los miembros de los otros poderes y hasta los ciudadanos particulares no afrontan la ley sino con el designio de la excepción, buscando siempre, por vicio congénito, la manera de esquivar su cumplimiento.

La originalidad legislativa ínfima de que dan muestras nuestros congresos corre parejas con el perfeccionamiento nulo de las masas para la vida democrática. Nuestros legisladores se inspiran en los códigos de las grandes naciones cultas, mientras nuestro pueblo vegeta en un limbo de ignorancias, tradiciones serviles o rebeldías que no dejan entrever un porvenir mejor.

La perfección de la legislación, deduciéndola de altos ideales de equidad y justicia, adaptándola a las realidades nacionales y a los problemas legados por los sistemas inicuos de gobierno que han dominado durante tantos años, necesita como correlativo indispensable el levantamiento de la moral y del espíritu de las masas, empujándolas hacia la democracia, de la cual se alejan con carneril temor hereditario.

El mejoramiento de la condición cívica del pueblo, como obra que puede llevar adelante un solo hombre, resulta a la postre más factible que el perfeccionamiento legislativo. Los grandes cuerpos colegiados que dictan las leyes, se resienten casi siempre de ese descenso de nivel moral e intelectual causado por la situación gregaria. Difícil es que den un paso adelante sin dar otro atrás. La ley de la inercia se apodera con mucha más facilidad de los conjuntos que de los individuos. De todas maneras, un adelanto en cualquiera de estas dos materias, significa otro adelanto en la otra. Una ley justa, consultada, regeneradora, equitativa, no puede menos de ejercer su influencia en el avance de la conciencia popular. Un refuerzo de instrucción, de educación, de valores morales, en la masa ciudadana, tarde o temprano se traduce, o mejor dicho, concreciona en un progreso legislativo.

La quimera gubernativa de todos los grandes filósofos: hacer leyes buenas y justas para que se cumplan buena y justamente, va adquiriendo contornos de vida al paso que los organismos civilizados ensanchan el radio democrático haciendo participar de él al mayor número de asociados.

Nuestros pueblos hispánicos tienen aún leyes magníficas que sólo les sirven para exhibirlas en los museos nacionales, o para que se las loe en el exterior como muestras de alta cultura. Esta contradición entre la verdad y el artificio, nos granjea el calificativo de imbéciles. Debemos esforzarnos por alcanzar un nivel de justicia y de propio decoro entre las apariencias y la realidad.

Un excelente premio Nobel

La Academia Sueca concedió el premio Nobel de literatura en el presente año a Anatole France.

Este año la Academia Sueca no ha hecho ningún descubrimiento capaz de conmover al mundo literario, como le ha ocurrido en ocasiones anteriores. El anciano e ilustre literato francés goza de una popularidad universal entre las gentes cultas. En todos los tonos se ha afirmado que es el primer escritor contemporáneo. Sus setenta y seis años están asentados patriarcalmente sobre dos docenas de libros que contienen el panorama de la vida moderna visto a intervalos tras los lentes de un filósofo, de un poeta y de un reformador. Su influencia puede notarse, lo mismo que la del gran lusitano Eca de Queiroz, en gran parte de los novelistas nuevos españoles e hispano-americanos.

La obra de Anatole France puede dividirse en dos grandes ciclos. La primera parte de su producción, desde el «Anneau d'amethyste» hasta «Sur la pierre blanche», es una lluvia fresca, irisada, corrosiva, caída sobre los jardines encubridores de cloacas de la civilización actual. En esa serie de novelas encantadoras, de un pesimismo sonriente, de una amargura serena que se reviste con todas las ínfulas de la erudición, las profundidades estelares del pensamiento y los velos sagrados del arte, sobresale como la obra maestra aquella incomparable «Ile des Pinguins», caricatura maravillosa de la historia, tejida con retazos de leyenda aurea, cantos de gesta y gestas del mercantilismo moderno, de la bella nación latina madre del genial escritor, cuya línea ancestral sube a confundirse con la raza ilustre que cuenta entre sus hijos al que no se sabe si es el más divino de los hombres o el más humano de los dioses. En esta última novela el derroche de ironía punzante, el sentido sintético de la historia y la intuición artística, se hermanan y confunden de tal modo, que no hay manera de agotar sus bellezas, ni siquiera al través de continuadas lecturas. Al mismo tiempo, la obra entera envuelve una tremenda venganza y una clara justificación histórica, mostrándonos al vivo varios personajes representativos contemporáneos. Iguales bellezas, pero infinitamente más serenas, como bajo un baño de especial dulzura, encontramos en «Le lys rouge».

Mas no sólo es Anatole France el más alto escritor vivo de la época: es también el más ilustre apóstol de las doctrinas salvadoras que aspiran a establecer la paz, sobre bases de amor y de justicia, entre los pueblos y entre los hombres de todos los continentes y de todas las razas. Su labor, al frente del grupo «Clarté», secundado por Barbusse, Duhamel, y los más sinceros y conscientes escritores franceses, es un oleaje de vida y de salud en las aguas muertas de la estancada ideología universal y ya no queda la menor duda de que influirá decisivamente en los destinos de la humanidad, de esta pobre humanidad que en vano tratan de salvar los políticos con sus desacreditadas fórmulas, y que no tiene hoy por hoy otra perspectiva de progreso sino la adopción franca y completa de las reformas que propone en la moral, en la economía, en toda la vida colectiva, conforme a evidentes postulados de lógica y de justicia, este grupo de hombres a cuyo vértice calca su perfil israelita el gran viejo parisiense, de vida ejemplar e inocente como la de un niño, que ha discurrido en un consorcio verdaderamente extraño y admirable a la vez con los secretos de los siglos y las realidades del día.

El premio Nobel de Literatura para Anatole-Francois-Thibaut nos reconcilia con las academias y con los premios, a quienes sospechamos a priori del buen gusto y la buena fe de las primeras y la justicia de las segundas.

El final de una gran tragedia

Varios periódicos han anunciado ya que el último tirano de nuestra América, el usurpador en Venezuela desde 1908, Juan Vicente Gómez, está deshauciado por los médicos. Un cáncer en la vejiga sería el modo como el destino habría de poner fin a la tiranía más vergonzosa que haya sufrido pueblo alguno en nuestro hemisferio.

La enorme alharaca de aclamaciones y oblaciones de todo género que en los últimos meses hemos visto, excediendo los límites de toda ponderación, en la prensa venezolana, era indudablemente señal de que algo serio ocurría en la famosa satrapía gomista. Luego, la desbandada de los vice-presidentes, quienes se encuentran en Nueva York, y hasta la fuga del ministro americano, Mr. McGodwin, quien durante diez años ha venido compartiendo proventos con el déspota venezolano, fueron notaciones de que algún desastre extraordinario amenazaba la dictadura «cesarista democrática», según la fórmula de su más encumbrado apologista, el Director del «Nuevo Diario» de Caracas.

Por último, la verdad de las cosas ha trascendido al exterior: los miles de venezolanos que están en el destierro, muchos de ellos desde el lejano atentado de Gómez, han escuchado esta nueva como un anuncio de que se preparan acontecimientos sensacionales de los cuales puede resurgir la libertad de Venezuela. Es en verdad cosa triste que este pueblo suramericano no haya podido, a pesar de sus constantes esfuerzos, echar abajo tan sombría dominación, y que sea sólo una complicidad sonriente del destino

la que venga a facilitar o hacer posible la resurrección nacional. Pero en la historia de todos los pueblos hay estancamientos semejantes a éste, y es certero asegurar que al desplomarse la tiranía, amanecerán días de democracia verdadera para aquella república, si no es que la degradación producida por tantos años de dictadura hace ya imposible todo empeño libertador.

Como sucede en estos casos, los postreros días del tirano, cuya sangre envenenada hierve con furores satánicos, están colmando la medida de todos los horrores. Es inútil que relatemos los episodios que recientemente han llegado a nuestro conocimiento; baste decir que un estudiante, de apellido Castillo, por haber dirigido una carta a los obreros del ferrocarril inglés de Caracas a la Guayra, excitándolos a formar una agrupación para defender sus derechos de trabajadores, carta que fué entregada por el gerente de la empresa al jefe de policía de Caracas, ha sido sometido a las más crueles torturas, hasta sucumbir en un calabozo de Caracas. Pero es inútil insistir sobre los crimenes de Gómez; ya no hay lugar de la América Latina en donde no repercuta con profunda tristeza la situación del pueblo venezolano, y en donde no se levanten brazos airados para anatematizar al déspota, único superviviente en estas repúblicas.

Como es natural, la prensa venal de Gómez, única que existe en Venezuela, protesta furibunda contra quienes descubren los crímenes del tirano y contra quienes lo anatematizan. Esta rabia de los periodistas de presa de Gómez, es el mejor blasón que pueden ostentar los extranjeros que, con ánimo generoso, se preocupan por la situación de Venezuela. Esa prensa asalariada ha hecho blanco de sus iras trasnochadamente, al Licenciado Vasconcelos, la más alta representación del hispano-americanismo noble y comprensivo de sus deberes. Es indudable que esa prensa tendrá que insultar también a los Presidentes de los Comités Latino-americanos que han denunciado los crímenes de Gómez en el acto de la inauguración de la estatua de Bolívar en Wáshington; y a casi toda la prensa sensata de Hispano-América, que a una voz ha tomado a su cargo la causa de la libertad escarnecida y crucificada por el hombre cavernario que gobierna a Venezuela, vertiendo sobre ella todos los espantos de sus pesadillas de sangre, desde su lecho desahauciado de la vida.

Es una gran lástima, como decía un gran diario mexicano hace poco, que estos pueblos carezcan todavía de un sentido de justicia práctico, y dejen morir en los placeres dorados del extranjero, o en la irrisión de un lecho rodeado de adulaciones y reverencias, a esos usurpadores nefastos, que una oleada de fatalidad ha llevado al poder, y que usan de él para luto y dolor de la patria y para vergüenza de la humanidad.

(*El Heraldo de México.* México D. F.)

LA PALABRA DE CASO

Por E. E.

Un vocero de la civilización hispano-americana.

Bravo, vehemente y a un tiempo mismo ponderado, Antonio Caso, el magnífico Embajador que en hora feliz enviara México para nuestro centenario, es un representante genuino y eficacísimo del vigor y la valía nunca desmentidos del pueblo del Anahuac. No caben en una simple nota los lineamientos generales de su figura moral e intelectual. Limitémonos, pues, a dejar simplemente un reflejo de la impresión causada en nuestro espíritu por sus palabras, llenas de intenso fervor y de singular vivacidad.

Este moderno Sócrates, mitad azteca y mitad español—que tiene la fealdad sugestiva y simpática del griego semi-divino y del semi-divino Beethoven—alcanza, antes que todo y sobre todo con la voz, los milagros del entusiasmo. Caso es un gran entusiasta. Tal vez sea éste el secreto del éxito irresistible de su oratoria. Más que en el vigor de su cerebro, más que en la riqueza de su mentalidad, más que en la solidez de su lógica y más que en la fluidez de su verbo, la razón de su rápida influencia sobre el auditorio está en la sinceridad y hondura de su fe. Caso es todo lo contrario de los hombres de poca fe que el Evangelio fustiga. Caso es un hombre de mucha fe y de mucha esperanza. Y une a estas virtudes fundamentales del *ciudadano del mundo*—tipo que hoy a ojos vistas está formándose—el bálsamo espiritual y prodigioso de la caridad. Cuando este gran mexicano habla, todas sus frases, por breves que sean, tienen perspectivas y—digámoslo así—aureolas de esperanza... Caso poseyendo, como posee, una personalidad fuertísima («*formidable*» ha sido el término que se ha impuesto para calificarlo), difunde de tal modo la energía de su egoísmo en múltiples amores y devociones generosas de las de más aquilatado valor, que, en último término, se comprende que en él se cumple maravillosamente el mandamiento cristiano por excelencia: «ama a tu prójimo como a ti mismo», pero sin que quepa aplicarle la humorada nietzscheana que dice:... «pero no es bueno amarse demasiado a sí mismo»...

Si espiritualmente las palabras de Caso corresponden a una realidad temperamental e ideológica que se nota vivísima en él, por la sinceridad y el calor con que las pronuncia, políticamente y socialmente el carácter de su propaganda es óptimo. Alguien, salvando (con un inocente y trivial punto de suficiencia y penetración crítica) la ponderación de su criterio, ha dicho que Caso no es un orador tan extraordinario como podía juzgársele por el éxito verdaderamente excepcional de sus discursos. He aquí como la excesiva cautela puede resultar imprudente. El crítico aludido queriendo aparentar penetración y sindéresis, al juzgar a Caso ha demostrado tan sólo su petulancia y su superficialidad. Los que franca y llanamente nos hemos entusiasmado en la oratoria del maestro mexicano tenemos en nuestro abono el valor de la sinceridad; y los que además de eso son capaces de razonar y explicar los motivos de su simpatía y su entusiasmo por un hombre que se presenta como ardoroso y convencido propugnador de los ideales hispano-americanos de más positiva trascendencia y de más arrebatadora belleza, esos están muy por encima de las ladinas reservas de la crítica. Caso con las pocas palabras que ha pronunciado en Lima en sus breves discursos, además de dejar una huella fecunda en el espíritu sus oyentes, huella que será como el surco abierto a las semillas de la moral civil moderna en corazones virgenes de ese cultivo; además de eso, decimos, ha demostrado manejar y dominar magistralmente—dicho sea sin hipérbole—los tópicos del gran espíritu (ya hoy patente y actual en muchas manifestaciones de nuestra cultura) en que ha de basarse la civilización original de nuestros pueblos: los tópicos inherentes del gran espíritu moderno de hispano-americanidad. Y no decimos hispano-americanismo, ni tampoco *panhispano-americanismo*. como querría Caso siguiendo orientaciones de probable orígen germanófilo porque, así como la idea, se ha desvirtuado la palabra, y hay que crear otra que responda a la realidad de nuestros anhelos y a la verdad viva en nuestro pensamiento y en nuestra alma.

(*Mercurio Peruano.* Lima).

Nueva York múltiple

En Vísperas de la Gran Huelga.—Las Cuatro Fuerzas del Drama.—Opinión Pública y Defensa Social.—Soldados que no Comen ni Duermen, pero se Multiplican.—Dos Millones de Hombres contra 20,000.000,000 de Dólares. —El Milagro de Henry Ford.

POR JOSÉ JUAN TABLADA

TAL vez cuando estas líneas se publiquen la gran huelga ferrocarrilera se habrá declarado en Estados Unidos, paralizando el comercio interior y exterior, agravando el malestar público y aun complicándose en difíciles problemas sociales y políticos.

Quizás la huelga haya sido conjurada... pero de todos modos, consideramos no solo interesante sino útil que se conozca en nuestro país, aunque sea en sus líneas generales, cómo, ante una amenaza semejante, reacciona la opinión y se defiende el interés público.

En este drama social hay cuatro fuerzas, las dos directamente antagónicas, Capital y Trabajo; una de funciones armonizadoras, el Gobierno, y otra, la más importante, la Opinión Pública, que atenta sólo al bienestar general, será la que al fin y al cabo prepondere sobre las otras y determine el final equilibrio.

La opinión pública suele ser formidable en este país, que para las graves cuestiones políticas tiene conciencia unánime y sabe organizarse activamente. Las manifestaciones de esa fuerza deben buscarse en la prensa, pero para recogerla en toda su pureza, hay que conocer a los órganos de publicidad.

Hay que huir, tanto de los radicales, donde la levadura bolcheviki abunda más que la harina substanciosa, como de los periódicos que tienen, aunque oculta, la ficha de latón, el «Brace Check», descubierto por Upton Sinclair en los órganos al servicio exclusivo del capitalismo.

En ese justo medio tan alejado de Wall Street como de Moscou, tan lejos de los plutócratas como de los soviets, está el Censor reconocido, la verdadera opinión, que se hará oir no sólo en los patios ferrocarrileros y en las juntas de los magnates, sino también en el Capitolio y en la Casa Blanca.

Desde luego las amonestaciones, las excitativas para meditar en la trascendencia de sus respectivos actos, las recomendaciones para ceder en las mútuas intransigencias, comprende a los dos bandos.

Primero al Capital:

«Todas las calamidades que la huelga desate, se deberán a que los propietarios de los ferrocarriles, tomando dinero prestado a tipos usurarios, explotando sus vías en beneficio único de sus accionistas, compitiendo con los negocios y aun entre sí, sobre una base anticientífica y ruinosa, exigen que sus trabajadores acepten una reducción en los salarios, con sólo una «vaga promesa» de reducir luego las tarifas».

En efecto, aunque sólo «vaga promesa» de parte de los magnates, esa reducción de las tarifas, trayendo consigo facilidades de distribución y el abaratamiento de la vida, compensaría la reducción de los salarios y beneficiaría al público en general...

Nada de extraño tendría, pues, que el objetivo completo debería ser que ambos contendientes cedieran en sus intransigencias, los magnates reduciendo las tarifas y los trabajadores aceptando la rebaja en los salarios...

Una cosa depende de la otra y las dos logradas restablecerían el equilibrio y determinarían el bienestar general.

A los trabajadores, la Opinión dice:

«Cada quien se rige por su cerebro, salvo en el caso en que la locura sobreviene, como en Rusia... Si el capitalismo es más inteligente que el trabajo, dominará. Si la gran multitud quiere gobernar debe *educarse*, orientar inteligentemente sus propósitos y perseverar. La mente del Capital está perfectamente educada y orientada. Cree pue debe preponderar, controlando al Gobierno, y... preponderará».

La misma voz se eleva sobre ambos bandos, pintando la situación descarnada:

«Antes de inventarse el cloroformo, se ataba a un hombre, se le mantenía sujeto y se le amputaban las piernas. Al infeliz no le quedaba otro arbitrio que ver y dejar obrar... Hoy el Tío Samuel está en esa situación. Dos clases de doctores—magnates y trabajadores ferrocarrileros—quieren cortarle las piernas, al privarlo de sus vías de comunicación. ¿Todo lo que puede hacer es ver y compadecerse a sí mismo?... Ya es tiempo de que una nación pueda obrar en lo que le concierne».

Vigorizando tal insinuación, otra voz se eleva categórica, en pro de los intereses generales:

«El Gobierno nacional debe defender al país cuando está amenazado, desde adentro o desde afuera. Y esta huelga general en los ferrocarriles, votada por los trabajadores y que no parece inquietar gran cosa a los magnates, es una grave amenaza nacional... Los que resulten responsables de ella, son fomentadores de desórdenes, destructores del bienestar público, productores de anarquía y malas pasiones».

Otra voz igualmente enérgica clama así:

«Las tarifas, los salarios y el manejo de los ferrocarriles, fueron controlados por el Gobierno durante la Guerra Internacional.

»El Gobierno no tiene el derecho de permanecer inactivo, cualquiera que sea su simpatía, durante una guerra civil de carácter industrial. Pues eso y no otra cosa significa el hecho de que dos y medio millones de hombres organizados, declaren la huelga a veinte mil millones de dólares organizados».

Y ya que las cosas se presentan en forma pintoresca y bélica, apuntamos la importancia de los beligerantes en igual forma:

«Los dos millones de trabajadores ferrocarrileros tienen un fondo de resistencia de dos millones de dólares, para sustentarlos en la huelga. Un dolar diario para cada quien... «Pero por un solo día, comenta alguien que no es optimista, y eso no es una proposición financiera».

El capitalismo y sus legiones están pintados así:

«El feudalismo industrial tiene soldados que no comen, ni beben, ni duermen, ni se cansan y que, además, se multiplican automáticamente. Son los dólares esos soldados. Como oficiales las legiones del Capital tienen a los abogados de las corporaciones que dirigen las batallas con gran estraté-

500 colones

₡ 500

mensualmente regala entre sus clientes la FERRETERIA

Miguel Macaya y Cía.

en premios de ₡ 50 c/u.

Si el número del tiquete de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.

gía y sin exponer sus cuerpos al menor peligro».

En todas esas manifestaciones lo que más claramente se nota es cómo reacciona el espíritu social del bienestar público amenazado... Es una reacción tan enérgica de la fuerza vital del organismo todo, que garantiza a las claras, su superviviencia final.

Sólo en los organismos débiles los catarros se convierten en neumonías fatales. La sociedad como el individuo, cuando es robusta, puede «enquistar», como dicen los médicos, a los agentes morbosos (así sean agentes de la Comisión Agraria), al Capitalismo de igual manera que al radicalismo, a un Harriman o a un Schwab, lo mismo que a un Soto y Gama trasconejado.

Nueva York con sus autoridades municipales se apercibe y se defenderá como lo harán todas las demás ciudades de la Unión.

Millares de automóviles y de camiones suplirán a los trenes para acarrear los artículos de primera necesidad.

La leche para alimentar a los niños y a los enfermos, vendrá de las alturas, como en alas de los ángeles, pues la traerán flotillas de aeroplanos...

Pero entretanto el Invierno se acerca con sus nevascas y sus «chomages», que agravan miserias y desamparos.

La opinión pública identificada con el bienestar de todos, prefiere que pierdan los accionistas ferrocarrileros y no que el hambre haga sucumbir a los trabajadores.

Y esa poderosa opinión pública hará encontrar al Gobierno la acción armoniosamente evolutiva, que determine el equilibrio. Lloyd George ha dicho palabras de justicia acogidas aquí con simpatía: «Inglaterra no permitirá que ninguno de sus súbditos perezca por miseria»...

Entretanto, como un ejemplo y un mudo reproche, para los torpes acumuladores de fortunas, que por faltos de ciencia están provocando catástrofes, se levanta allá en Detroit la figura admirable y venerable de Henry Ford...!

El no es por cierto, un ciego y egoísta acumulador de riquezas!

«En derredor de un rico hay muchos pobres», decía el viejo pesimismo... pero en torno de Henry Ford, todo el mundo prospera!

He allí a un productor de riqueza que científicamente se ha elevado hasta la filantropía, que facilitando a todos la manera mejor para resolver su bienestar, es, en cierto modo un «partero de almas», un Platón desconcertante de este país pragmático, donde la Mayéutica puede considerarse como una aplicación de las finanzas.

Henry Ford en sus ferrocarriles, ha resuelto ya el problema que en estos momentos estudian sin poder resolver el Capital, el Trabajo, el Gobierno y la Opinión!

Henry Ford, *a la vez que ha bajado las tarifas, ha aumentado los salarios en su sistema ferrocarrilero!*

He allí un financiero cuyo genio le está dando visos de Apóstol: un producto humano modernísimo, que trayendo en la mano un Evangelio donde sólo hay números, va asumiendo los caracteres del super-hombre.

Es como un Mesías que está revolucionando armoniosamente al Mundo y cuya acción parece estar encaminada a resolver los sombríos problemas del Capital y el Trabajo, aniquilando a un tiempo al monstruo plutócrata y a la bestia radical, pues su genio financiero no está introvertido en insaciable egoísmo, sino animado de fuerza centrífuga tal, que ya se vislumbra como posible, el sueño de la Riqueza derramada como inextinguible cornucopia, sobre toda la tierra, sobre todos los hombres, como el sol!

Nueva York, Noviembre de 1921.

(*Excelsior*. México D. F.)

LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

LOS CUATRO

POR AMANDA LABARCA H.

Estos eran cuatro ladrones. Se llamaban Pedro, Daniel, Juan y Ramón. No habían nacido de la misma madre, pero eran como hermanos, porque desde una vez que se encontraron en la *patente* de Misía Carmen y se contaron los cuatro sus grandes aventuras, se juraron amistad. Juntos andaban por los caminos y juntos entraban a los poblados en busca de hombres a quienes robar y de mujeres que seducir. Jamás se vio caso de que ninguno de ellos riñera con el otro: se tenían grandes consideraciones y cada uno decía a quien le quería oir, que sus compañeros eran los más hábiles ladrones de la comarca. Así fué como los demás del oficio les cobraron ojeriza, les envidiaron, les odiaron, lo que alzó más su orgullo, porque entonces comprendieron mejor su fuerza. Desafiaban a los guardias y a los campesinos: cada uno tenía en las haciendas cercanas un refugio desconocido al que llevar a los demás en caso de peligro; pero esto no sucedió jamás, pues eran valientes y audaces como nadie. Y vivían felices.

Eran cuatro. Pedro, el mayor, en los momentos de ataques era el capitán, a quien los otros tres obedecían ciegamente, pues habían probado su sagacidad. Daniel era callado, apacible en el reposo e intrépido en el combate. Juan, hosco y recio, gustaba de las palabras que golpean como latigazos. Ramón, el menor, alegre y dicharachero, animaba a los otros en las largas esperas, contando aventuras heroicas de los Pincheiras y los Falcatos, a veces de él mismo, y aunque solían no creerle, a todos embelesaba su labia y su chiste.

Eran cuatro, y una vez que un mocetón fué a pedirles que le dejaran asentarse con ellos para seguir sus aventuras o ser su sirviente, unánimemente dijeron que no. Nadie merecía juntarse con ellos, ni tenían necesidad de nadie.

Mas sucedió que un día Pedro dijo:

—Hoy he visto en la Placilla una muchacha que me ha gustado más que todas las otras juntas.

—Te la vamos a buscar, respondieron en coro los tres.

—No; no me gusta lo mismo que las demás. Quiero que sea mi mujer.

Los otros se miraron sorprendidos; ninguno se atrevió a decir palabra por no turbar su amistad, pero dentro de su corazón cada cual protestó.

Tiempo después, la Mena llegó al campamento. No era bonita; sólo tenía como todas las mujeres de la tierra, unos ojazos negros que echaban chispas.

Cada uno se preguntó que habría podido gustarle a Pedro de esta mujer: no era hermosa: ni tenía lindo cuerpo, ni parecía buena para nada; sin embargo, Pedro la quería y ella tambien a él.

Dijo Pedro:

—Filomena, estos tres son Daniel, Juan y Ramón, no nos criaron los mismos pechos, pero somos hermanos.

—Y tú serás la hermana de los tres, contestaron.

—Sí—dijo ella—seré la hermana de

Uds., cuidaré de sus ropas y de sus comidas; donde vayan Uds., yo también iré.

No resultó desagradable compañía la de Mena: era hacendosa y trabajadora y parecía quererlos bien a todos. Cuando volvían de sus andanzas, rogaba que le contasen la aventura. Ramón adornábala con todos los detalles y los demás escuchaban maravillados. En la relación, cada uno adquiría proporciones gigantescas. Aunque no decían nada, agradecían al compañero que tan bien sabía narrar sus hazañas.

En un gran trabajo, necesitaron de alguien que les avisase la proximidad del peligro. La Mena—que se había ido aficionando poco a poco al oficio—se ofreció. La admitieron, a pesar de Juan, quien no creía que pudiera arribarse a nada bueno donde se aceptaban mujeres. Pero resultó; bajaba cerros y saltaba pircas casi con la misma facilidad que ellos, gustaba de sus ejercicios y no conocía el miedo. Desde entonces, fué la habitual compañera de sus correrías.

De estas cosas, Pedro era el único satisfecho; los demás no podían acostumbrarse a que una extraña presenciara sus intimidades y que los tratase como a iguales. Les parecía que Pedro no tenía con ellos la misma antigua confianza. Cada vez que los dejaba para retirarse con la Mena, los demás quedaban hoscos y apesadumbrados. Falta no hacía, era una intrusa en su compañía. ¿A qué se había venido a meter con ellos?

Una vez, habían salido Pedro y Mena. Daniel, Juan y Ramón estaban en lo alto de un cerro, sesteando.

Juan fué el primero que habló:

—Siempre habrán de ser las mujeres las que meten cizaña entre los hombres. Por esta intrusa no somos ya los cuatro los mismos de antes.

Aunque era la primera vez que alguien hablaba así de ella, Juan estaba seguro que sus compañeros pensaban como él. ¡Alguna vez había de desahogar su corazón!

—No hay para que quejarse—repuso Daniel—con las palabras no se llega a nada. Y se tendió boca arriba, mirando el sol.

—Las palabras—sonrió el menor—son armas de mujeres; los hombres las despreciamos.

Y no hablaron más aquella tarde.

Pasó el tiempo. Mena no confiaba mucho en ellos, porque, como mujer, era zahorí y a veces presentía malignidad y rencor en los ojos de los tres. Sin embargo, no tenía razón: ninguno dejó escapar jamás ante ella una palabra cruel, porque habría sido herir a Pedro y no hay que olvidarse que los cuatro eran hermanos. Daniel, callado siempre, era el que le habia sabido inspirar más confianza; cuando salían de aventuras, si no estaba Pedro, sólo se acompañaba con él.

Aquel día habían de salir de madrugada, atravesar unos cerros y llegar en la tarde a los Quillayes, donde les esperaba Pedro, que había preparado un asalto a casa de unos ricos avarientos.

La mañana era diáfana; y el sol y el viento acariciaban la tierra. Adelante iban Daniel y la Mena; más atrás Juan y Ramón. Los caminos eran muy malos, pero ¡qué les importaba! Los cuatro los conocían; además, no les habían amedrentado nunca los riscos, ni los precipicios. Fueron caminando. Ramón contaba aventuras increíbles que gustaban a Mena, quien a menudo le aplaudía con alegres carcajadas. El sendero se estrechaba y apenas si cabía una sola persona: abajo, un gran precipicio; arriba, el monte cortado a pico y serpenteando entre ambos el camino angosto y falso. En un momento, Daniel miró hacia atrás y encontró clavadas en él las miradas de Juan y Ramón. Se adelantó un poco y caminando lentamente siguió conversando con Mena que iba a su zaga. Quedamente, Juan se apresuró y antes que Mena lo sintiera, de un fuerte empujón la echó a rodar.

Ni un grito, ni un gemido; algunas piedras arrancadas de su sitio, que acompañaban la caída vertiginosa. Después, un golpe seco apenas perceptible.

—Adiós, Mena—dijo sonriendo Ramón.

Y ese fué su epitafio.

Nadie miró atrás; siguieron su camino sin preocuparse de la muerta.

Concluído el sendero malo, se reunieron los tres.

—¡Pobre Mena—murmuró Daniel—quién hubiera dicho que iba a caer así!

—Pobre Pedro, dirás — contestó Juan—. La va a sentir mucho, pero es hombre y sabe sobrellevar desgracias.

—Y hay tantas mujeres bien hechas en la tierra—concluyó Ramón.

Al atardecer, llegaron a los Quillayes. Pedro salió a su encuentro. Todos tenían el aire triste y dolorido. Daniel habló el primero y con voz temblorosa por la emoción, contó la caída de la hermana y cómo todos habían tratado de salvarla.

—Ha muerto—dijo Juan y estas cosas no tienen remedio, pero nosotros te consolaremos y trataremos de distraerte.

Pedro no contestó. Oía al principio con semblante espantado y a hurtadillas pasaba el reverso de la mano por sus ojos.

—¡Pobre Mena!

Los demás lo rodearon, tratando cada cual de mitigar a su modo el dolor del compañero. El los escuchaba silencioso, cabizbajo. Al fin, habló:

—¡Ah! si no fuera por Uds., qué triste se me habría hecho la vida!

Y los cuatro sintieron que una gran paz y una gran amistad volvía de nuevo a ligarles para siempre.

(Del tomo *La lámpara maravillosa*. Santiago de Chile 1921).

ROGAMOS

a los suscritores de provincias que nos indiquen el cambio de residencia en estos meses de verano. Con ello nos ahorran muchos números que, extraviados, suelen perderse. Tiempo y dinero y reclamos futuros nos ahorran con la atención que les pedimos.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Quien habla de la CERVECERIA TRAUBE se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

En los Juegos Florales de la Universidad Nacional de México

Discurso del mantenedor, el poeta Rafael López.

A ti, siempre gloriosa juventud, alegría de la vida y miel del mundo; a ti, que con tu pie sonoro, tu savia de abril y tu silueta de luz, vuelves resonantes las rutas sordas, floridas las áridas sendas, y transparentes los caminos opacos; a ti, que sobre las catástrofes de la tierra marchas salva en el arca de Noé, sostenida por tu ilusión, que es incorruptible, y por tu esperanza, que es inmóvil; a ti, que opones al terror de la muerte los impávidos tesoros de tu confianza, y derrotas las amenazas de la noche porque llevas en los ojos el generoso optimismo de las auroras; a ti, que por ser melliza de la primavera y dueña feliz de la lira, tienes el sagrado derecho del beso y el privilegio de la canción: a ti, fiel y armoniosa juventud, que hoy vienes a tejer coronas y a deshojar lauros sobre las espadas de nuestros mayores, a ti mi homenaje cordial y mi férvida salutación.

Mi férvida salutación. Permitidme —dulce y graciosa majestad, que con la gloria de vuestra hermosura alumbráis un imperio de ensueño, señor Presidente, señoras, señores—, permitid que mi voz exalte la magia fascinante de la juventud, en esta noche de ritos supremos, porque no encuentro más preclaro laurel para tocar la frente de la patria con un augurio de triunfo. La patria también es joven: apenas, con sus cien años de vida independiente, está en la adolescencia de la libertad. Enaltecer la juventud de la vida junto a la pubertad de la patria, es levantar una antorcha en la tiniebla de los misteriosos destinos, y echar el áncora de la fe a las brumosas playas del porvenir.

Pertenezco al número de los que bendicen la vida porque han sido jóvenes. La evocación de esa mañana rútila, basta para surtir de estrellas la patética hora crepuscular. Qué triste sería el mundo, qué fastidioso y qué lúgubre, si las humanas primaveras no enterrasen en sus flancos la semilla de las floraciones futuras, y si manos juveniles, exentas de desfallecimientos y temores, no abriesen en la cárcel terrestre brechas nuevas, ansiosas de más aire y más luz.—Tened cuidado—dicen los viejos que tiemblan bajo el gabán de su rutina—tened cuidado, nuestras instituciones religiosas y políticas marchan admirablemente; estamos en excelente acuerdo con la divinidad; la ley es acatada sin graves infracciones y contamos con la pena de muerte como un remedio eficaz: todo esto es perfecto y de su duración depende nuestro reposo: no hay que cambiar la letra de los códigos ni la música de los himnos.—Y se empeñan con ingenuidad infantil, en que no se modifique la fachada de la casa que están a punto de abandonar, en que no sufran mudanza los usos y las costumbres que les sirven de enfermeros amables en el postrer ataque de gota; encendiendo la vela bendita de la moderación y agitando la campanilla consagrada de la experiencia, quieren conjurar el peligro. La experiencia es espantajo sutil y trampa disimulada en la ruda montaña donde respira el ideal. La juventud lo sabe, y no se detiene, y abre en el edificio otras ventanas, para preguntar a las voces del viento el secreto de su destino. La hermana Ana, trémula de anhelosa inquietud, no se cansa de mirar el solitario horizonte, ni se arredra de ver sólo la llama del sol chispeando sobre la yerba verdegueante; la buena hermana es capaz de poblar un desierto con la vastedad de su esperanza. Así la juventud.

Cierto: hay hombres que ya lejos de los años mozos, llegan a realidades de pensamiento o de acción, marcadas con un hondo sello de esplendor juvenil. Por no haberse divorciado de esa virtud, y conservar bajo las nevadas cabezas una chispa de su llama y sobre los cansados corazones un resto de su entusiasmo, pudo el genovés inventar un mundo e Hidalgo descubrir una patria. Los viejos gloriosos relatarían los episodios de su juventud, si se propusieran escribir la historia de la humanidad.

Jesús Urueta, cuya memoria me place evocar con un gesto litúrgico en la solemnidad de esta fiesta; el que tenía los labios de oro como Crisóstomo y el acento armonioso como Platón; el que por ser un escanciador de ambrosía, era digno según la oda pindárica, de sentarse en el festín de los dioses y compartir el lecho de las diosas; el que como un descendiente de Pélops, ocultaba un hombre de marfil bajo su ordinario frac de tribuno; el que echó a pastar centauros en nuestras llanuras e hizo brillar sobre nuestros lagos la fúlgida cadera de Diana; el que para nutrirnos con aguas de vida y enseñarnos la bondad del amor, suspendió junto a la pureza de María, el cálido cinturón de Afrodita; el que apellidamos divino, porque la supremacía de su canto acusa su ascendencia apolínea; Jesús Urueta, cuya voz debería exultar en este momento el corazón de la patria con las magnificencias de la poesía, si las sirenas del Plata no lo hubiesen para siempre dormido con la mortal caricia de sus brazos azules, afirmaba que la juventud en la Historia, se llamará siempre Atenas, porque es la alegría, el heroísmo, la belleza y el amor. Y era certero el orador egregio. La juventud, por el don de optimista energía que le es inherente, es la que transforma el mal en bien, pues es la sola que sabe alimentar su alegría con los motivos de su dolor; ella es la que siempre está pronta a ofrendar la vida por el triunfo de un ideal o por el honor de una bandera; su concesión al sacrificio está en razón directa de su exceso de amor; ya vimos en los horrores de Europa, cómo los viejos fueron quienes votaron la guerra tremenda, pero toda una radiante juventud, fué la que cayó bajo las trincheras; y ella la que nos da un trasunto de la belleza inmortal, cuando idealiza el sufrimiento humano en las obras maestras del arte. Nada más conmovedor que Cervantes —cuyo imperio continúa sin ocaso como aquel en que no se ponía el sol— esculpiendo con su vida dolorosa y atormentada, la risa imperecedera del gentil caballero.

Gabriel D'Annunzio, el condotiero sensual y magnífico, que por haberse olvidado de ser viejo, sigue desposándose con la vida en pensamiento y en acto, en acto y en pensamiento ha remozado el antiguo aforismo de Séneca: «si quieres ser perpetuamente interesante, sé perpetuamente diverso». D'Annunzio repite más heroicamente: renovarse o morir. Y bien, señores, la juventud no quiere morir, no sabe morir y aunque siempre esté dispuesta, ignora lo que es eso, no le importa; ella misma es renovación y nuevo palpitar de fuerza en el pulso de la humanidad; antes de cerrar el libro, de desertar del laboratorio y del taller, de soltar la lira que apenas comienza a cantar como la alondra, en el despunte de las albas, tiene una tarea que cumplir; tarea que relacionada con la poesía, es trascendental y profunda, ya que no existe persuación más alta, que la que baja a la tierra por las cuerdas tirantes de la lira.

Pasaron ya los tiempos en que acogíamos las formas literarias francesas, con satisfacción de modistos que desempacan los últimos modelos, y en que hacíamos del Calendario Azteca, un fantástico pedestal a los tersos mármoles de Grecia. Buscábamos la compañía de los dioses, para que nos dieran bellas retóricas, no para preguntarles la significación de los símbolos. Si las estatuas eran helénicas, los jardines

eran versallescos y a su sombra pasaba nuestra musa, luciendo las pomadas dieciochescas y los falbalás espumantes de las marquesas pastoras. Rubén Darío había dicho: mi esposa es de tierra, pero mi querida es de París; era una orden del incomparable maestro. Así fuimos parnasianos con Leconte, místicos al modo de Verlaine, hasta un poco diabólicos con Baudelaire. Fué el período simiesco del afrancesamiento y del extranjerismo, en que copiábamos los gestos de la cultura, sin compenetrarnos de su sentido, como afirma la voz apostólica de Vasconcelos, en su vibrante conferencia donde anuncia el advenimiento del gusto, como nueva norma de las relaciones humanas. Período necesario, a pesar de todo, para redimir el pensamiento de los viejos moldes y vecino a la parálisis bajo los clásicos pliegues de la capa española; a fuerza de usarla nos hicimos solemnes y enfermamos de solemnidad; período de desconcierto y titubeo, como el que forzosamente precede los primeros pasos del infante, pero longánimo en beneficios y fecundo en espirituales maravillas. Gracias a él, hoy podemos intentar con nuestras propias fuerzas, la ascención de la propia montaña, acendrando en un canto más puro, los frutos de nuestro dolor bajo los inmarcesibles follajes de la esperanza. Gracias a él, la juventud que me escucha, y a la que me dirijo de preferencia porque lleva la marca de Constantino sobre el corazón tumultuoso, puede fijar ahora la Rosa de los Vientos en las clavijas de la lira y hacer que su pensamiento refleje el temblor del vasto universo.

Ignoro la influencia que las últimas vicisitudes humanas reservan a la poesía, y lo que aprovecharán los poetas de ese abismo de injusticia, de amargura y de sangre. El abandono celeste en que ha quedado el mundo desde que los poderosos organizaron concienzudamente la muerte y la destrucción sin la venia de la divinidad, es manifiesto; es una evidencia desconsoladora que recoge la conciencia universal de las manos de la catástrofe. Posible es que la lira cultive un misticismo sin Dios, y que sólo merezca ese título por la gravedad y la veneración con que se interrogue el alma de las cosas; posible es que se convierta en escudo de los caídos, de los miserables, de los opresos; el sufrimiento de los hombres se solidariza bajo el conmovido estímulo que le brindan los más grandes poetas, los más altos filósofos y los pensadores más insignes; hasta Anatole France mella el diamante de su ironía en la dureza de la iniquidad, y un gran artista ruso en la novela, en el cuento y en la poesía, el insuperable Andreiew, surge del nuevo infierno, con el rostro ardido como el del Dante, repitiendo la frase terrible de Gwimplaine: vengo a deciros que la humanidad existe. Y yo entiendo, señores, que la voz de la lira tiene el deber de curvarse en forma de cáliz, para contener y santificar tanto infortunio, que es común herencia de todos.

Sin embargo, la lucha por un mejoramiento social, nada puede contra el encanto de la mujer, la dulzura amarga del amor, la soberana diversidad del paisaje. Acaso los mejores poemas, seguirán siendo aquellos que se tornasolen con una lágrima o una sonrisa, o se perfumen con una violeta, o se iluminen con el esplendor de la noche estrellada; las cosas amables cobran más suavidad destacadas en los negros fondos de la tormenta. De todas maneras, recordemos que si los cantos de Homero han llegado hasta nosotros, no ha sido por las riñas petulantes que contienen, sino por sus definiciones poéticas de la naturaleza y la vida; el mar azul sigue poblado de sonrisas innumerables, como cuando la inocente Nausica pone a prueba la legendaria prudencia del malicioso Odiseo.

Siempre gloriosa juventud, oye la voz del tiempo que está cargada de presagios y conságrala en las formas excelsas de la poesía con el fulgor de tu llama y el poder invencible de tu entusiasmo. Alza la lira como una palma, y cuando sea preciso como una espada, y sobre este crepúsculo como una lámpara; sobre este crepúsculo, en cuyos cojines de sombra parece que ya blanquea la desnudez del alba futura. No mires atrás como la mujer de la Biblia, de miedo de que te quedes inmóvil y de que la sal de la tierra destruya los panales de tu bondad. Toma, sí, de nuestra emocionante leyenda, los elementos substantivos que por su potencia categórica, pueden fecundar el porvenir con una cosecha de bienes. Conserva siempre fresca en el relicario de tu alma, la sangre talismánica de los sacrificios sublimes. No olvides el gesto sagital de Cuauhtémoc, el grito redentor de Hidalgo, el ímpetu orgulloso de los héroes-niños que desde la prócer roca de su martirio, volaron al cielo por caminos de sol. Levanta la lira bajo lo sagrada fronda de estos recuerdos. Pero hazlo con ademán religioso y manos transparentes de sinceridad; como si con ellas, convulsas de fe, ofrecieras tu mismo corazón a las potestadas del obscuro destino, para que la suave patria te bendiga y te envuelva en la gloria de su propio laurel.

LOS JUEGOS FLORALES

POR RAFAEL LOPEZ

Los Juegos Florales continúan a la orden del día; se aclimatan fácilmente entre nosotros con la espontaneidad de ciertas plantas que echan flor en tierras cálidas y frías de igual modo. A lo largo de la Mesa Central perfuma la eglantina de Clemencia Isaura como en los claros días de Provenza. La Flor Natural asume durezas de oro en sus pétalos de seda; más vigorosos que los cereales, resisten triunfalmente las ventiscas de la mala estación y las heladas del corriente otoño. La Flor Natural está por encima del mal tiempo y no la interesan las discusiones petroleras. Me alegro por los poetas afortunados que tienen la suerte de embriagarse con su glorioso perfume en la noche lírica, y por los que entrevieron su fulgor de remota estrella en las penumbras del accésit. En cuanto a los desdichados que apenas alcanzan una mención en la armoniosa justa, hay que consolarlos cristianamente, hablando mal del jurado, para que no pierdan la esperanza del desquite; y para que no se desanimen, es piadoso ocultarles la fortuna de Sófocles, en los certámenes. Sófocles, al decir de sus biógrafos, obtuvo algunas veces el primer premio, varias el segundo y nunca el tercero. Bien es verdad que no todos pueden disponer del talento que hizo excelso al segundo trágico de Atenas. Por lo que respecta a los poetas absolutamente infelices, cuyos poemas cayeron al cesto como las cabezas cercenadas bajo la cuchilla de Sansón, allí están bien; no hay que tocarlos en la dramática inanidad de su estado insignificante.

Es una contribución, fatal como el derecho de peaje que pagaban los caminantes de la Edad Media, el suscribir versos para la tribuna cívica y para los concursos que suelen efectuarse en fechas faustas. Raro es el escritor mexicano que no haya saludado con retóricas tricolores las sombras heroicas y que no haya peseguido la perfumada eglantina con la concupiscencia del abejorro hambriento atraído por la miel de una corola abierta. Una de las cosas que me persiguen, con el remordimiento de un pecado de juventud, es no haber sabido substraerme a la tentación de esas gulas inútiles y que no cuentan para nada en el desarrollo de la obra

poética, más pura mientras más lejos se encuentra de toda clase de protocolos. Yo también discurrí a la sombra de los olivos provenzales y probé a aspirar el aroma de la gloriosa flor que en la fiesta de las liras, unas bellas manos me pusieron a la altura del corazón. Escogí entonces a la muchacha más espléndida en hermosura y fortuna, para que presidiera las cosechas del laurel, con el dulce encanto de su belleza y el soberbio esplendor de su lujo. No concibo que Don Quijote rompa una lanza por Aldonza Lorenzo, si ésta no viene ataviada con las magnificencias de Dulcinea. Y la primera decepción me esperaba como un reptil escondido en la propia flor, ayuna de aromas; era una camelia marmórea, perfecta y glacial como estrofa de Leconte de L'Isle.

La segunda fué la pérdida del vencedor de bronce que me obsequió el dictador y que me hubiera valido, llegado el caso, una sonrisa de cualquier hotel de ventas. Un bello día, se derrumbó de un librero el artístico bronce partiéndose por los riñones; era que estaba hueco, a semejanza del régimen que parecía indestructible. A veces tienen las estatuas el raro dón de las profecías. Para concluir con el capítulo de los desengaños, añadiré lo que en otra irónica tarde, me dijo Díaz Mirón, a propósito de mis versos premiados. El gran poeta iba, como solía, en su carro de marfil tirado por una piéride alada y triunfal como una victoria. Y de él descendió para decirme con el ceño fruncido: ¿En dónde tenía la cabeza ese jurado que te ha premiado los versos más malos que te conozco? No vuelvo de mi asombro.—Ni yo tampoco, maestro,—le contesté, lleno de doble pena, por mí y por el jurado. Y me alejé sintiendo crecer en el tallo de la rosa lírica, una espina póstuma de delicioso escozor.

He necesitado doblar el «puente de los suspiros», de los cuarenta años, para sonreirme moderadamente de los concursos. Sin perjuicio de creer que éstos no perjudicarán fundamentalmente a los jóvenes, y hasta a veces enriquecen la lira con un rico festón de líneas armónicas, como el bello poema de Jaime Torres Bodet, que dió a éste un triunfo que creo merecido en los Juegos de la Universidad. Los jóvenes son los únicos aptos para disputar con gallardía en los estadios y para tender, al pie de las reinas, una alfombra de triunfos. Yo desearía que la Flor Natural viniese en lo futuro, como ahora, aparejada con buenas monedas; éstas permiten a los vencedores, cuando son pobres, imitar momentáneamente a Alcibiades que se acercaba a los pórticos del amor, macerado en perfumes asiáticos y envuelto en una clámide de escarlata. La gloria amonedada, debe correr locamente en unas horas de vida intensa, por las manos que aun no se preocupan del porvenir puesto que es su cómplice y son dueños de un presente huérfano de neblinas. Cuando se ha traspuesto el arco de triunfo de los treinta años, los productos de la gloria suelen emplearse en específicos contra la obesidad. Nada más lamentable. Tengo un amigo que entendiéndolo así, ennoblece honorarios de origen prosaico, empavesando la barca de Citerea, bajo la inquietud del misterio nocturno con ademán de hijo pródigo. Con más razón los honorarios de la gloria, dignos de quemarse sobre el ara de mármol, manchado por un sacrificio de palomas.

Por estas consideraciones, recomiendo a los jóvenes el culto de la lírica, en estos tiempos bonancibles, en que las hojas de laurel, ocultan las riquezas de Aladino.

(*El Universal*, Mexico, D. F.)

CABOS SUELTOS

a) A distancia, un estudiante como el autor de estas notas, se encuentra en la casi imposibilidad de derivar conclusiones de la información que le ofrecen los diarios de Costa Rica. Descuidan, por lo general, la investigación de la autenticidad de las fuentes de su información. Recurren más de lo que es debido a las diarias rectificaciones. De modo que cuando uno ve una aseveración de alguna significación sociológica, económica o moral en un número de un diario necesita buscar en los números sucesivos la rectificación correspondiente. Pierde uno toda fe en la información de la prensa de ese país. La diversidad de comentarios es interesante y natural. Pero la exactitud y uniformidad de las declaraciones de hecho deberían cuidarse más. Los periódicos de hoy serán las fuentes de la historia de mañana.

b) Los funcionarios y empleados del Estado que cesaron en el ejercicio de sus funciones por efecto de la revolución de 1917 están de plácemes. En las arcas del Tesoro Público tienen acumulados sus sueldos desde esa fecha hasta el ocho de mayo de 1918. Por jurisprudencia son legítimos acreedores del Estado y obrarán patrióticamente demandándolo.

Y no menores congratulaciones merecen los funcionarios y empleados de la Administración que acabó mediante la revolución de 1919. Ellos también tienen créditos contra el Estado, los cuales, por analogía, les serán debidamente pagados. Y como el pueblo con la mente en tinieblas y el corazón inválido todo lo deja hacer, los tratantes en revoluciones continuarán su ociosa vida de vampiros, produciendo las úlceras infectas de que morirá la República, ante la vista plebeya de nefandos republicanos.

c) Difícil de guardar es el equilibrio de la tolerancia en materias de religión. Los entendimientos elevados entienden por religión la administración de las cosas del espíritu, las relaciones del hombre con su Dios. Pero el clericalismo busca el poder temporal, la subordinación del Estado a la Iglesia. El estadista tolerante que no sepa distinguir entre Religión y Clericalismo, puede llevar su patria a la ruina política, económica, social y religiosa.

Consagrar al Corazón de Jesús las aspiraciones del hombre o de un pueblo es dar un paso definitivo hacia el reino del Señor. ¡Qué noble paz, que fraternidad tan íntima y tan efusiva! Pero consagrarse un pueblo al corazón de un jesuita es entregarse atado a las ambiciones desatentadas del Clericalismo. Y no hay dos cosas más opuestas entre sí que la Religión y el Clericalismo. Si aquélla es paz y elevación del espíritu, éste es perpetuo combate contra la libertad de las conciencias y de las instituciones. Por eso el Clericalismo se disfraza de Religión y llama al jesuita Jesús.

r. b. m.

FLORES DE OTOÑO
Y OTRAS POESÍAS

Tal es el título de la nueva edición, aumentada y corregida, que estamos haciendo de los versos del recordado poeta colombiano

ISAIAS GAMBOA

En cinco partes se divide la obra:

Flores de Otoño. (Diez selecciones).
El Cauca. (Poema descriptivo).
Tres poemas. (Fantasía, Ante el mar, Primavera).
Otras poesías. (Al Río Meta, el Poema del Dolor, Carta de ella, Anda, etc.)
Traducciones y paráfrasis. (Entre otras, la famosa de El Cuervo, de Poe).

Como han sido tantas las personas que por los sentidos versos de ISAIAS nos han preguntado, y como la edición es corta, conviene que nos recuerden sus nombres los interesados, para que no parezca descuido lo que sería simplemente un olvido. Vengan nombres y direcciones, y con ellos, el valor del ejemplar: ₡ 2-00.

EL ALMA DE LOS JARDINES

Por JAIME TORRES BODET

(Poema premiado con la Flor Natural en los Juegos Florales de la Universidad Nacional de México)

EL JARDIN DE LA INFANCIA

El que primero surge del gris de la distancia
es un jardín de pueblo: en él jugó mi infancia...
¡Jardín de rosas frescas, pretérito en su olor,
risueño en la jactancia de sus fuentes gemelas
y lleno, los domingos, de un lloro de vihuelas
en que irisaba perlas de luz el surtidor!...

Fué junto al pie musgoso de sus bancas azules
donde, a la clara sombra de tenues abedules,
edifiqué palacios de pórfido y cristal
con múrice de pétalos y cálices de rosa
y un rayo prisionero de esa tarde amorosa
de mi provincia pobre, jocunda y tropical.

Allí, sobre la grama, dejé la blanda huella
de mis primeros pasos y promoví querella
con mi agresión de risas al nido cantador,
y me perdí entre nardos y florecí en su aroma
y comprendí un instante el musical idioma
de la brisa y del agua, del pájaro y la flor...

Bajo los platanares de hojas verdes y lacias
y junto al irisado rubor de las acacias
nunca como en las horas de aquel plácido abril
hubo una flor más tenue en pecho más jocundo
que la flor de inocencia de mi angélico mundo,
de mis alondras castas y de mi amor pueril!

¡Ah! de la fuerza augusta que entonces se auguraba,
del ánimo que abría sobre la carne esclava
dos alas de pureza y un gran azul de fe,
del pálido asfodelo de mi primer cariño,
del loto pudibundo de mi candor de niño,
de mi sol de querube, ¿qué fué, Señor, qué fué?

Sólo un jardín distante, una musgosa tapia,
un platanar sonoro, una gentil prosapia
de espíritu de alondras y carne de clavel,
una ciudad de angostas callejas tropicales
y aquella pompa triste con que mi pavos reales,
miraban el crepúsculo desde mi pozo aquel...

Sólo el perfume queda, pero la flor ha muerto;
cuando enlutó la casa quedó el balcón abierto,
abierto sin defensa frente al eterno alud...
Hoy, en esta romántica mansión de las glicinas,
¡oh pájaro de entonces! ya ni tu canto trinas
ni tu sollozo mana ¡fuente de juventud!

¿Cuándo será que pueda, con el alma florida
por el deslumbramiento de la primer salida,
volver a los jardines de mi tierra natal,
para entre tantos lirios lánguidos o risueños
enterrar las adelfas amargas de mis sueños
y el jacinto hechizado de mi celeste mal?

EL JARDIN DEL INTERNADO

Tras este parque hay otro, dramático, que miro:
un parque en que la brisa dejó siempre un suspiro,
a cuyo estanque oculto el sol no entró jamás,
y que miró la vida pasar tras su reja
del brazo tembloroso de la feliz pareja
que al verlo tan oscuro trató de unirse más...

En él, bajo la sombra de sus sabios abetos,
los libros y los astros me dieron sus secretos,
la música del verso me supo persuadir,
y al ver la ciencia inútil y la virtud creadora
en un rumor distante, como de mar de aurora,
llegó hasta mí el deseo confuso de vivir.

En prez de antiguos bronces y mármoles votivos,
los siglos que pasaron, gloriosos o furtivos,
en ese oscuro parque me dieron su ansiedad;
legáronme los héroes su diamantino acero,
su lira los poetas, los magos su lucero
y Cristo el nardo místico de su inmortalidad...

Parque meditabundo de mi sabiduría
que vió mi primer sueño nacer entre la umbría,
la viva espada al cinto, ceñido de laurel,
en un ansia errabunda de nuevas emociones
bajo el augurio sacro de las constelaciones
en una noche estiva de frondas y de miel!..,

¡Cómo, ay, en el instante único y evasivo
en que el alma está muerta dentro del cuerpo vivo,
radiaba la existencia frente a mi corazón,
y humana y trascendente y en sí misma abismada,
oía los rumores de la noche estrellada
y vibraba en las cuerdas de la lira de Dios!...

¿Cuándo, con ese anhelo de posesión divina,
desdeñaré en el prado la roja clavellina,
y adivinando un cielo latir siempre detrás,
veré crecer mis ansias en ascensión suprema
y entrañaré el sentido secreto del poema
con el sentir del mundo? ¡Oh! ¿Cuándo?... ¡Nunca más!

¿Cuándo, como en la sombra de aquellas señoriales
desiertas avenidas, veré los inmortales
espectros del pasado vagar cerca de mí,
a Goethe junto a Shakespeare, a Shakespeare junto a Dante,
el uno con reflejos de hechizo de diamante,
el otro con fatídicos fulgores de rubí?...

Parque de mi colegio, jardín del internado
donde pisé mandrágoras crueles de pecado
y deshojé a los vientos tréboles de ilusión,
donde soñé mis sueños de gloria y de grandeza:
tus pinos murmurantes me dieron su tristeza
y tu silencio estricto me dió su corazón!

Podré cruzar un día más líricos jardines,
entre rumor de sedas y brote de jazmines
y palidez de luna bañando el surtidor,
pero no podré nunca olvidar que tú fuiste
el consejero adusto que amaba el alma triste
en la hora pensativa de su primer dolor...

EL JARDIN DEL PRIMER AMOR

Una leyenda sopla y un lento son de lira
entre las hojas mudas parece que suspira.
Hay en el aura tersa sollozos de violín
y risas recatadas de flautas indecisas
y surge en la frecuente nostalgia de esas risas
la temblorosa magia de mi tercer jardín.

Jardín de Guanajuato tupido de violetas
como el amor primero de todos los poetas...
Dramático y oscuro jardín del Cantador
donde una voz distante desde otro siglo clama,
imprecando a los dioses porque perdió a su dama
en el cruel infortunio de una hazaña de amor.

En el tedio angustiado de sus veredas solas
donde florecen lánguidos cálices sin corolas
como pupilas ciegas que buscan sin mirar
viví la primer noche de cándido embeleso
y en ese arranque brusco en que revienta el beso,
el nombre de una estrella me indujo a suspirar...

¡Oh los rebeldes mirtos de mis diez y ocho años!
Y sus bucles de oro y sus ojos castaños

y mi AMOR A LA VIDA y mi amor al amor...
Y ese blando refugio de sus brazos de armiño
donde escondí mi frente con un pudor de niño
en orfandad de amores y en gracia de fervor!

¿Cómo olvidarla nunca si fué para mi vida
el óleo perfumado que adormece la herida
con la caricia intacta de una boca de miel,
si en esa breve noche de viaje y de infortunio,
bajo la dulcedumbre cordial del plenilunio
me dió toda su pobre fragancia de mujer?

Yo guardaré su imagen tramada, en mi memoria,
con el brillo satánico de esa ciudad de gloria:
ópalo de desgracias y sangre de rubí;
ciudad que a la luz tenue de pávidos faroles
como alumbrando aceros de dramas españoles,
en una blanca noche de sortilegios ví...

Y ha de servirme entonces de lenitivo encanto
rememorar las notas de aquel fúlgido llanto
con que sedujo mi alma la voz del CANTADOR
plañendo el triste lance en que perdió a su dama
al pie de un pintoresco balcón de melodrama,
entre rumor de danzas y en hazañas de amor!...

EL JARDIN DE LA MUERTE

Es el otoño y caen sobre la estrecha vía
en un pausado giro de fúnebre armonía
las hojas de oro muerto que lleva el aquilón.
En un crestón abrupto se interrumpe la sierra
y el cementerio surge del fondo de la tierra
envuelto en la neblina de un último crespón.

Calladamente vamos. La arena a nuestra planta
cruje al andar. La brisa no se sabe si canta.
Hay mármoles sin nombre, dos cruces y un ciprés,
arcángeles que lloran, epitafios que mienten...
Mis compañeros miran y parece que sienten
que estamos acercándonos al trágico Después...

Es un entierro pobre. El sacerdote reza
rápidamente. El viento, cargado de tristeza,
nos rodea de nubes y el cementerio está
dormido en la penumbra de su lenta avenida
con sus praderas mustias y su ambición fallida
de parque abandonado, silvestre y conventual.

Entre lamentaciones de sombras enlutadas
sobre la caja angosta caen las paletadas
de arena, y en las ramas empieza a gotear...

El lúgubre cortejo de pronto se deshace
y junto al muerto anónimo que en esta sombra yace
bajo la lluvia mansa me quedo a meditar.

El jardín que esta tarde cruza el sepulturero
es un parque de otoño, espontáneo y severo
donde las plantas crecen por voluntad de amor,
con ese santo exceso de savia contenida
que viene de la muerte a prolongar la vida
y es nido entre las tumbas y entre los cardos flor!

Nadie cuidó en la rama las rosas que contemplo,
nadie las ha cogido para aromar un templo
o ceñir una frente o cubrir un altar;
no obstante, se dijera que hubieran florecido
para adornar la nieve de un tálamo de olvido
o celebrar las nupcias de Ofelia con el mar!...

En cambio, hay en su tallos de porte egregio y fino
la orgullosa conciencia de cumplir un destino
al proteger las tumbas con su caricia fiel...
¡Cuántas cabezas blancas vivieron sin amores
por esperar que un día cayeran estas flores
y por beber las gotas de su fúnebre miel!

Impetuosas, ardientes, trémulas o furtivas,
alternando en sinuosas guirnaldas sucesivas,
esas flores son sueños que nadie realizó:
esta violeta exangüe fué una queja escondida
y ese clavel jugoso y cárdeno de vida
fué sangre de lujuria que no brotó en pasión...

Así, todo renueva la tradición perdida
y con lazos de rosas la tristeza que olvida
y el dolor que recuerda se pueden conciliar.
Todo humano deseo a la postre se alcanza;
ora de la ceniza, ora de la esperanza
la fe renace siempre, última y tutelar...

Frente al jardín supremo donde la Muerte vive,
en el instante adusto mi espíritu percibe
latir bajo las hojas una muda ascensión
es la fecunda savia con que el dolor se abreva:
al hombre que la escucha le forja un alma nueva
y una nueva esperanza y un nuevo corazón.

La bruma de la noche se levanta del valle.
Cierran el cementerio, iluminan la calle,
la aldea entre las sombras se reclina a dormir
y al descender al mundo del mundo que abandono,
como un rey desterrado que dejara su trono,
abdico de mis sueño y regreso a vivir...

México, julio de 1921.

La futilidad de una simple limitación de los armamentos

POR H. G. WELLS

WASHINGTON, noviembre 8.—Parecería que por las circunstancias tan peculiares que han mediado para su reunión, la Conferencia de Washington debiera comenzar sus trabajos reconociendo la absoluta inutilidad de discutir la limitación de los armamentos y la restricción de la guerra en ciertas direcciones, mientras que los diversos países conserven su soberanía y la libertad de hacer la guerra, y mientras no exista la sentencia concluyente y definitiva de un tribunal para poner fin a las disputas internacionales, que hoy sólo pueden solucionarse por medio de la guerra.

Son muy numerosas las personas que parecen abrigar la creencia de que pueden continuar los diversos Estados de la Tierra como soberanos e independientes entre sí, cual las bestias feroces en los bosques, sin ninguna regla común, sin ninguna ley común, y que sin embargo sea posible conseguir de ellos se presten a un convenio para hacer la guerra en forma benigna, después de un aviso previo y de acuerdo con reglas previamente aprobadas.

Semejantes ideas son tomadas en serio por muchas personas, sin comprender que se trata de ideas fútiles y peligrosas.

Por ejemplo, un comité de la Liga de las Naciones en Londres, estuvo discutiendo con toda seriedad si debía permitirse el uso de los gases venenosos y el hundimiento de buques neutrales para hacer efectivo un bloqueo, así como también si sería conveniente abolir todos los perfeccionamientos modernos que se han introducido en el arte de la guerra. Se estudió también «la factibilidad de evitar preparativos bélicos en secreto y las ventajas de las sorpresas en campaña», como si la guerra fuese un mero juego deportivo.

Es muy difícil razonar con seriedad y respeto acerca de un proyecto de esa especie. Más bien nos sentimos inclinados a ofrecer algunas sugestiones de la misma índole que tendieran a perfeccionarle, como por ejemplo, que no se permitiera el comienzo o desarrollo de las hostilidades, sino en presencia de un árbitro o «referee» de la Liga de las Naciones, quien debería llevar claramente marcada en el pecho y en las piernas la Cruz Roja de Ginebra como

distintivo, y para cuya comodidad debía dársele un aeroplano que llevara la misma marca que lo hiciera inmune. A ese árbitro debería dotársele de un silbato o megáfono que pudiera escucharse por encima del estrépito producido por la artillería moderna, en la inteligencia de que cuando ese silbato se dejara oir, deberían suspenderse desde luego todas las operaciones militares.

La contravención a las reglas que hubiese fijado la Liga de las Naciones se castigaría, según la gravedad de la infracción, con penas que variarían, por ejemplo, desde permitir el bombardeo libre, durante una hora, de las posiciones del infractor, hasta dirigir el «referee» un discurso de reprimenda severísima a todas las fuerzas enemigas, ordenándoles que abandonaran el campo.

Aun podría irse más lejos, pues si alguno de los combatientes llegaba a ganar la guerra apelando a medios ilegítimos, se le obligaría a que aceptara una paz humillante, como si en vez del vencedor, fuera el vencido.

Pero por desgracia, la guerra no es un juego, sino la prueba más terrible que existe, y ninguna fuerza del mundo es capaz de impedir a una nacion que está combatiendo por su existencia misma en contra de otra nación, que apele a cualquier expediente, por injusto, cruel y bárbaro que sea, para conseguir la victoria o para evitar el desastre. El triunfo es la mejor justificación de cualquier expediente a que pueda apelarse en el curso de una guerra, y eso nadie es capaz de evitarlo.

Es de concebirse que una nación que espera triunfar y hacerse después amiga de su enemigo del momento, o que desea captarse la aprobación de algún neutral poderoso, llegue a abstenerse de apelar a medios efectivos, pero reprobables, mas de todas maneras esa abstención es voluntaria y estratégica.

De todas suertes, queda en pie el hecho de que la guerra es algo definitivamente ilimitable; una guerra que puede quedar sujeta a control, es una guerra que pudo evitarse o contenerse en cualquier momento. Si nuestra raza es realmente capaz de impedir el uso de los gases venenosos, podrá también evitar el uso de cualquiera otra especie de arma.

De hecho, es mucho más fácil imponer la paz absoluta que cualquiera limitación parcial de la guerra.

Pero se argüirá, sin embargo, que puede considerarse como cierto que si las naciones del mundo llegan a convenir de antemano en no prepararse para determinada clase de guerras, o logran ponerse de acuerdo para reducir hasta su mínima expresión sus fuerzas militares o navales, tales convenios revestirán grande influencia para evitar las contravenciones.

La única objeción que sugiere esa admirable tesis, consiste en que ninguna potencia que tenga aspiraciones o derechos que sólo puedan satisfacerse o defenderse por medio de la guerra, llegará a celebrar esos convenios de desarme animada de buena fe.

Naturalmente, los países que proyectan guerras y que no abrigan intenciones serias de desarme en forma realmente efectiva, tomarán parte gustosas en conferencias que persigan como objetivo el desarme, pero si obran de esa manera será, en parte, por el valor de propaganda que semejante participación tiene, y principalmente porque les proporcionan tales conferencias la oportunidad de que de ellas resulten restricciones más perjudiciales al posible antagonista que a ellos mismos.

Por ejemplo, el Japón con gusto se prestaría a reducir sus gastos militares, si los Estados Unidos redujeran los suyos en la misma cantidad, porque el costo por habitante de mantener a un soldado sobre las armas, es mucho menor en el Japón que en los Estados Unidos; y todavía más gustoso se prestaría el Gobierno nipón a restringir los armamentos navales a buques con un radio de dos mil millas o menos, porque de esta manera tendría completa libertad de acción en China y en las Filipinas.

Esa clase de táctica fué la que vinieron desarrollando en La Haya, Inglaterra y Alemania, con algunos intervalos, antes de la Guerra Mundial. Ninguna de estas naciones tenía fe en las intenciones pacíficas de la otra, ni tampoco consideraba tales negociaciones sino como meras maniobras estratégicas.

Ninguna limitación de armamentos, como ninguna mitigación en la crueldad de la guerra serán posibles, mientras no llegue a hacerse imposible la guerra misma, y entonces habrá de ocurrir automáticamente la completa extinción de los armamentos, sin discusión alguna. Y la guerra sólo llegará a hacerse imposible, cuando las Potencias mundiales hayan hecho lo mismo que los trece primitivos Estados de la Unión Americana, después de conseguir su independencia, esto es, fijar una ley común, que impere sobre todos.

Semejante proyecto es monstruosamente difícil, puesto que se encuentra en pugna con las ideas patrióticas de las masas, y en pugna también con las suspicacias naturales y con los prejuicios no menos naturales; pero a pesar de sus dificultades es un proyecto realizable.

Es lo único que puede evitar la completa ruina de nuestra civilización por medio de la guerra y de los preparativos para la guerra.

El desarme y la limitación de la forma de las guerras, sin semejante fusión de soberanías, parecen a primera vista más fáciles, pero las proposiciones de menos trascendencia adolecen del defecto de ser absolutamente impracticables, y son cosas que no pueden convertirse en realidades efectivas.

Un mundo capaz de desarmarse de una manera efectiva, sería desde luego un mundo distinto del que conocemos, y en él el desarme no revestiría ninguna importancia. Suponiendo la estabilidad en las relaciones internacionales, el mundo prescindiría de los armamentos, con la misma naturalidad que el hombre se despoja durante el invierno de su abrigo, cuando penetra a una habitación bien calentada.

Y como lo indicaba en mi artículo anterior, los preparativos de guerra, las amenazas de guerra y la guerra misma, constituyen el aspecto más desconsolador de la desunión humana en nuestros días. Mas la falta de estabilidad en los sistemas monetarios del mundo y la paralización cada vez mayor que se advierte en las industrias, son la amenaza de un desastre más inmediato.

Esos rumores de guerra entre el Japón y los Estados Unidos, podrán terminar de una manera tan intempestiva como se iniciaron. Posiblemente no llegará a ocurrir otra gran guerra después de todo, porque quizás llegue antes la dislocación de la estructura

MENSAJE

La Federación de Estudiantes de México a la Federación de Estudiantes del Perú: Hace ya mucho tiempo que, para fortuna nuestra, se habla sinceramente de la unión completa y fraternal entre los pueblos de habla española, ligados ya de modo natural por comunidad de tradiciones, de ideas y de sentimientos.

Para los estudiantes en particular, es una verdadera obligación creer y propagar el hispano-americanismo, sobre todo para los de la República del Perú y de México, porque son estos los exponentes más firmes de la civilización española en el Sur y en el Norte del continente de Colón.

Por eso, una vez, hermanos, os reiteramos nuestra estima, y en ocasión del viaje de uno de nuestros más queridos maestros, el licenciado Antonio Caso, os enviamos este mensaje de paz y de amor, excitándoos a la realización de nuestros bellos ideales de trabajo y de unión.

(El Maestro. México, D. F.)

social, tanto en el Japón como en los Estados Unidos.

Es preciso que las Potencias mundiales se pongan de acuerdo, y en muy breve lapso de tiempo, sobre los problemas financieros y económicos, so pena de perecer. Cada día se advierten avisos de carácter más y más imperativo sobre la necesidad de ese acuerdo, y si logran llegar a un convenio sobre esos problemas, que son comunes a todas, quedarán muy pocas o ninguna razón para no abordar al mismo tiempo los problemas meramente internacionales.

Se advierte una curiosa exageración en el respeto que se tributa a los patriotas y a los excesos patrióticos en todos esos proyectos de desarme y de mitigación para la crueldad de las guerras.

Tenemos que considerar las susceptibilidades patrióticas como la fórmula estereotipada de la objeción que se presenta contra la clara necesidad de substituir la actual soberanía bárbara de los Estados separados, con el imperio mundial de una ley mundial, que proteja los intereses comunes de todas las gentes humildes del mundo.

En la práctica, esas susceptibilidades patrióticas con frecuencia no se resuelven en algo más formidable que el deseo de ocultar la propia importancia del funcionario de alguna cancillería, y, por lo general, no dan otro resultado que el de fomentar la suspicacia de otro pueblo extranjero. La mayor parte de las gentes son susceptibles de sentirse excitadas patrióticamente, pero eso no excusa en manera alguna semejante deferencia excesiva hacia el patriotismo, como tampoco excusaría una completa tolerancia de muchos vicios y de muchos atentados provocados por la embriaguez, el hecho de que todos seamos más o menos susceptibles del deseo de beber.

Y al mismo tiempo que se observa esta deferencia para con los más locos arrebatos del nacionalismo, se advierte un olvido y desconsideración absolutos hacia la influencia y el respeto que merecen unos de los más grandes y concentrados intereses de nuestro mundo moderno, como lo son los recursos financieros y la gran masa de obreros especialistas que viven a la sombra de las industrias de los armamentos y de las municiones.

Hasta donde me ha sido posible comprobar, los que abogan por lo que pudiéramos llamar el desarme liso y llano, proponen secamente que esa masa de intereses quede disgregada en forma más o menos completa; que su enorme número de fábricas, arsenales, etcétera, sean puestos fuera de servicio; que se borre todo el alcance de sus relaciones financieras; que se disperse el personal que ha sido preciso seleccionar tan cuidadosamente; y que se vierta toda esa masa de ingenieros, marinos, artilleros, etc,, todos especialistas en un ramo, dentro de la gran oleada de los sin-trabajo, que ya actualmente amenaza con hacer que se hunda nuestra civilización.

Y no parecen darse cuenta de cuán sutiles y diversas formas habría de asumir la resistencia efectiva que opondría ese grande y complejo conjunto de seres humanos, todos competentes, antes que resignarse a semejante tratamiento.

En toda la colección de documentos emanados de la Liga de las Naciones, que poseo, sólo encuentro dos alusiones a ese obstáculo tan real, que se presenta para el objetivo mundial, consistente la primera en sugerir que ninguna empresa particular pueda consagrarse a la producción de material de guerra, mientras que la segunda es la sugestión de que ninguna corporación productora de armamentos puede ser dueña de periódicos.

No ha faltado quien aplauda con entusiasmo la primera de esas proposiciones, que realmente traería consigo la nacionalización, entre otras, de las industrias del hierro, del acero y de los productos químicos; pero los hombres prácticos se ven obligados a confesar que en ningún Estado del mundo existe una organización con un nivel bastante de eficiencia, para que ese traspaso de tan grandes intereses al dominio de la nación, pudiera llevarse a cabo con buen éxito; y por lo que se refiere a la segunda restricción, seguramente que excede de la habilidad humana idear las reglas que pudieran evitar que una gran combinación bancaria controlara fábricas de armamento por un lado, mientras que por el otro dominara financieramente en uno o en muchos periódicos.

De todas suertes, queda en pie el hecho de que esos grandes y complejos intereses son los que presentan la oposición más real que ninguna otra para la federación mundial. Prestan materia, dirección y premio inmediato a esos exaltados sentimientos de patriotismo; nos gobiernan dividiéndonos, y comprenden que la existencia de que disfrutan en su presente forma, tendrá que basarse en la prolongación de nuestras suspicacias y de nuestras divisiones; no buscan de una manera positiva la guerra, pero sólo viven por medio de la no interrumpida expectación y preparación para la guerra.

Por otra parte, las inteligencias superiores que se encuentran a la cabeza de esos grandes intereses, necesitan comprender tarde o temprano que a la postre les será imposible dejar de compartir las consecuencias del desbarajuste económico y social hacia el que todos vamos deslizándonos.

Esa grande y compleja organización sería enteramente ciega si no se hiciera representar en la Conferencia de Washington, pero no oficialmente y con su verdadero carácter, sino en forma de pseudo-patriotas peritos militares, navales y financieros, logrando de todas suertes contar con una representación mejor que la de cualquiera otra fase de la vida humana.

¿Qué esperanzas podemos abrigar nosotros, los simples mortales de esa formidable potencia? Su propio aniquilamiento sería demasiado, aun en el caso de que fuera deseable.

Pero es razonable pedir que sus actividades tomen una nueva orientación para que satisfagan algunas necesidades urgentes del momento, y para que eliminen otros peligros actuales, ya que de ninguna manera deseamos la completa extinción de ese gran cuerpo

Fragmento de un Prefacio

Por ETIENNE RABAUD
Profesor de Biología en la Soborna.

EL biólogo no limita su objetivo a recoger hechos o uniones de hechos; tiene derecho a las hipótesis y a las hipótesis más elevadas, tal vez más elevadas que las que persiguen los metafísicos; el biólogo vive en la realidad, y si intenta dominarla, conserva juiciosamente un punto de apoyo y se mantiene en guardia contra los puros fantasmas: no crea el objeto de sus especulaciones. Sin duda bordea el abismo y se encuentra constantemente tentado a especular sobre su propia alucinación y vestirla a su gusto, para disputar en seguida sobre los atributos con que la revistió: cualquiera que sea el encanto del sueño metafísico, no es sino un sueño y como tal queda incapaz de dirigir la investigación y de sacar las consecuencias generales. Cantonado sobre un terreno sólido, el biólogo se contenta con obtener resultados sucesivos; asegura el terreno detrás de él, después generaliza y marcha hacia adelante, persiguiendo la investigación de los orígenes del hombre y esforzándose en sondear las posibilidades futuras.

Constantemente entregado al estudio de los fenómenos perceptibles, obtiene cada día una nueva aproximación; por pequeña que ésta sea, conduce a la siguiente.

Estrechamente encerrado en lo relativo, rehusando admitir lo absoluto, no desespera, sin embargo, de llegar a un conocimiento siempre más grande, preguntándose sin cesar hacia qué marcha y dónde estará el límite de sus adquisiciones.

(*Le transformisme et l' experience*. París. 1921. Traducción y envío de C. P. T.)

de hombres de negocios, de metalúrgicos, químicos e ingenieros, con sus actividades bien disciplinadas, sino tan sólo la rápida variación de sus objetivos, para que en vez de ser destructivas, revistan un aspecto constructor.

El proyecto de paz mundial que no abra una perspectiva inmediata a los elementos financieros, de ingeniería y de mano de obra, que actualmente se sostienen al amparo de las industrias de la guerra, para que puedan consagrarse a empresas de utilidad mundial, es un proyecto de paz que no logrará realizarse.

Si este mundo constituyera un Estado federado, que sólo tuviera que preocuparse por el bien común, no surgiría ninguna dificultad insuperable para canalizar todas esas fuerzas que actualmente se emplean en los armamentos, dedicándolas al mejoramiento de las comunicaciones y de los transportes en general, a la creación de grandes puentes y túneles, a la reconstrucción de las ciudades, al perfeccionamiento de grandes sistemas para la irrigación y fertilización de las tierras, en los lugares actualmente desiertos, y a fomentar las facilidades para el intercambio.

El camino para la paz mundial debemos buscarlo, no combatiendo los intereses que actualmente producen armamentos, sino enrolándonos en el servicio mundial. Pero para conseguir ese objetivo, se necesita del esfuerzo financiero y económico de todos, puesto que es imposible que lo alcancen nacionalmente pequeños grupos de patriotas, que todos están maquinando los unos en contra de los otros: es una magna empresa para los intereses mundiales, libres de las trabas que les imponen las fronteras nacionales, o de otra suerte resulta imposible.

Como se verá, todas las consideraciones convergen para llevarnos a la conclusión de que no puede resolverse el problema de la guerra, de que es imposible la recuperación mundial, de que no existe la posibilidad de contener la rápida desintegración de nuestra civilización, excepto por medio de una federación mundial que se encuentre revestida de la autoridad suficiente para imponerse a cualquiera nación, a fin de poder expresar en forma coherente la idea mundial.

Para valernos de la frase de Harding, necesitamos una asociación mundial y efectiva entre las naciones, so pena de perecer; y aun en ese fantástico sueño de mero desarme de todos los pequeños Estados independientes del mundo, todos soberanos, todos en competencia recíproca, todos desarrollando mezquinas guerras financieras y comerciales entre sí, todos obstruyéndose el camino para el mejoramiento común, todos poniendo dificultades para tratar con amplitud de criterio nuestras necesidades modernas, si se hiciera necesario conservar, aunque reducidos los elementos para las guerras entre unos y otros, aun cuando ese sueño fuera posible, sería sin embargo completamente detestable, más detestable todavía que nuestros actuales peligros y miserias. Porque si hay algo en la vida que sea peor que el miedo pagado y la destrucción, es la mezquindad y la estupidez, y ellas serían dignas de semejante mundo.

Por mucho que los diplomáticos reunidos en Washington traten de desconocer la realidad, y sujeten sus discusiones a los límites que les impongan enmiendas y reglas, diciendo que éste y otros aspectos éticos del problema se encuentran fuera del campo de acción de la Conferencia, quedará en pie el hecho de que no hay otro camino para que la humanidad escape de las monstruosas miserias y de los peligros más monstruosos todavía que la amenazan en los tiempos presentes, que no sea el de una cooperación internacional organizada, y que tenga por base la franca y atrevida resolución de cambiar las tendencias de la mentalidad humana, de nuestros antiguos celos y animosidades, hacia objetivos comunes, hacia el porvenir común y hacia la paz.

Si la Conferencia de Washington no logra elevarse al nivel de ese ideal, sería preferible que la Conferencia de Washington no llegara a reunirse.

(*Excelsior*, México, D. F.)

GUIA PROFESIONAL

ABOGADOS

ERNESTO MARTIN
ABOGADO

MEDICOS

Doctor Constantino Herdocia
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Doctor J. ZELEDON ALVARADO
Médico cirujano de la Facultad de Ginebra

Enfermedades internas, venereas y de la sangre. Nuevos tratamientos por las vacunas y el 106, Galyl.
Consultas: de 9 a 11, y de 1 a 4.

Teléfono número 866

DENTISTAS

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE
Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Dr. Francisco Ortiz Odio
CIRUJANO DENTAL AMERICANO

Despacha frente a la casa del doctor Durán, lado Este de 8 a 11 y de 12-30 a 5.

Dr. M. FISCHEL
DENTISTA AMERICANO
TELÉFONO 683 APARTADO 434
Depósito y venta de materiales para dentistas
FRENTE AL CORREO
SAN JOSE COSTA RICA

COLECCIONES COMPLETAS DEL REPERTORIO I Y II.
Ofrezco algunas al precio de ¢ 25-00. Para el exterior $ 10.
San José, C. R. Alberto Calderón G. Apartado 533

Si Ud. desea arrendar su Casa o Finca, REGISTRELA con nosotros. Se la venderemos al mejor precio

JOSE ANDRES CORONADO
AGENTE PARA LA COMPRA Y VENTA DE
PROPIEDADES
TIENE EL GUSTO DE OFRECER A UD. SU
REGISTRO DE PROPIEDADES
Teléfono 511 SAN JOSE Frente al Palacio de Justicia

Si Ud. desea comprar una Casa o Finca, consulte nuestro REGISTRO y encontrará siempre lo que desea

UNIVERSO

UNIVERSO es palabra admirable, suma de toda filosofía: lo uno en lo diverso, lo diverso en lo uno.

José Martí.

5) La vida de las plantas

Por JUAN J. CARAZO

El crecimiento

No cabe duda que es una maravilla el crecimiento de los seres organizados: el milagro de la semilla que se convierte en planta y del huevo que se transforma en animal es seguramente digno de la observación cariñosa de los hombres.

Decimos milagro no por que seamos fanáticos, sino porque hay en esos fenómenos detalles sorprendentes y pequeñísimas cosas que son la admiración del observador. La germinación de una semilla, fenómeno simple para muchos, es uno de los más grandes enigmas de la naturaleza, pues nadie sabe de qué está hecha una semilla «porque nadie ha podido hacerla todavía»[1].

¿Quedará siempre fuera del alcance del hombre hacer la vida?

Es también maravilloso esto de obtener de un pedacito de planta, de una estaca, o tubérculo, etc., una planta.

La planta dedica su mayor esfuerzo a la producción de una flor, o de mil, para perpetuar la especie.

Ob. I.—Para multiplicar plantas por estaca debe siempre aprovecharse la rama que tenga botones, pues aunque las otras pueden dar plantas, es sobre las que están a punto de producir flores en donde reside, en esos momentos, la idea de la procreación.

Para nosotros, hay una concentración de facultades en el momento de florecer.

Todas las fuerzas del vegetal están dedicadas al desarrollo de la flor y cuando estas ramas se cortan y se siembran, es *raro* que no produzcan raíces al momento.

Experiencias hechas por nosotros durante 4 años casi y con miles de codos o estacas, nos lo han comprobado.

Ob. II.—En los árboles que pierden las hojas debe aprovecharse el momento del despertar, cuando las yemas principian a abultarse y el árbol se dispone a «vestirse».

Ob. III.—Cortado un pedacito de la planta y puesto en la tierra, *clavado* en la tierra, *parece* que no se da cuenta de haber sido desprendido porque sigue su vida normal: cicatriza la cortadura superior y produce hojas.

Esas hojas son casi siempre la causa de su muerte, pues careciendo de raíces que le permitan *deponer*, se envenena a sí mismo y muere en una forma especial.

Ob. IV.—Cuando la muerte se avecina, la planta va tomando un color amarillo, pero en el caso de envenenamiento, que es una muerte violenta, las hojas duran verdes y frescas hasta el último momento, en el cual «se doblan, se suavizan y mueren».

Para el ojo experimentado la muerte producida por envenenamiento no es confundible con otras. En las estacas la «producción prematura de hojas es la ruina». La reacción de esos pedazos de estaca «en la parte que no aparece fermentada» es decididamente ácida y aun todos los jugos vegetales (hasta donde hemos podido probarlo)[2] dan reacción ácida al papel de tornasol; en estos codos es más violenta.

Ob. V.—Casi todos los codos producen raíces de los 10 a los 20 días, pero ya a los 8 se puede ver en el corte que está en la tierra «una corona de puntos blancos, esponjosos, de un aspecto semejante a la nieve, que han obligado a la corteza a separarse y que son el origen de las raíces.

Las estacas pueden ser sacadas de la tierra y, después de observadas, vueltas a sembrar sin que nada extraordinario se note.

Cuando han producido esas primeras raíces, pueden trasplantarse con mayor seguridad que después.

Alguna persona nos aseguraba que los «codos no pegan» porque hay hongos que atacan ese vegetal y lo matan y aunque esto es cierto, hasta determinado punto, nosotros creemos que los codos no pegan por dificultades para la producción de raíces que impiden la salida de toxinas y éstas envenenan la planta.

Los hongos se producen después y lo hemos constatado repetidas veces al microscopio.

Ob. VI.—Cuando se nota a tiempo el envenenamiento y se corta la parte mala volviendo a sembrar lo restante del codo, éste produce algunas veces raíz.

Hemos sembrado, una vez, un codo de 30 cms. de largo y hemos debido hacer 4 «amputaciones» antes de que produjera raíces, que al fin se formaron.

Los cortes deben ser *limpios;* la idea de que los codos deben ser «desgajados» es un error.

La tierra debe estar esponjosa, y algunos, Henderson por ejemplo, aconsejan arena, pero no es sino para evitarle la excesiva presión a la estaca.

Tenemos ya un codo coronado de «perlitas» y dispuesto a convertirse en planta y podemos ver como va la corteza abultándose en ciertos lugares para dar origen a las yemas.

Antes volvamos a las plantas producidas por semilla.

Dijimos que la semilla germina cuando quiere y muchas veces, aunque haya humedad y calor, la semilla no germina, se adormece y espera.

Ob. VII.—Papas que estaban notoriamente a punto de ser sembradas, fueron puestas en el suelo y se negaron a germinar.

Sacadas algunas del suelo, se vió que estaban en perfecto estado.

Es para nosotros un punto oscuro en nuestra práctica, este caso de las papas[3].

Cuando quieren germinar, las semillas, aun en completa oscuridad y sequía, «rompen la envoltura y producen pequeñas raíces».

Puestas en la humedad, producen raíces dentro de las 48 horas.

Al hablar de la germinación dijimos que algunas veces mueren (pierden el poder germinativo) y que aparentemente no han sufrido cambio en su constitución.

Lo que sucede indudablemente, es que el germen se debilita paulatinamente hasta morir, pero puede vigorizarse cuando ya estaba aparentemente muerto, y hacerse revivir.

Ob. VIII.—El alcanfor, el amoniaco, etc., en soluciones débiles, tienen la propiedad de *vigorizar* el germen y producir la germinación en semillas que «de otra manera no germinarían».

Basta dejar las semillas unas pocas horas (3 ó 4) en la solución antes de sembrarlas.

La *organización* da resultados satisfactorios también.

Nos parece explicable el fenómeno si aceptamos que la muerte del germen se debe a que «habiendo trascurrido el término dentro del cual existe en él el propósito de germinar y no pudienhacerlo, se adormece cada vez más profundamente hasta morir.

(1) No ignoramos que han sido analizadas, pero nos referimos a la fuerza que las hace germinar

(2) Solo la «Tetragonia expansa» no tiñe el papel.

(3) Al escribir esto tenemos una observación pendiente sobre ajos, que daremos a conocer más tarde.

Ob. IX.—En algunos insectos se puede observar algo semejante.

La «abeja madre» no conserva indefinidamente el poder de fecundarse, y si pasan algunos pocos días sin que pueda ejecutar su acoplamiento, pierde el poder y está condenada a permanecer infecunda.

Ob. X.—La función que desempeñan las bacterias, ciertas bacterias, en la buena germinación de las semillas parece indiscutible, pues cuando se bañan con cultivos especiales, adquieren mayor poder germinativo.

Para nosotros la nitrogina, el farmogerm, etc., no hacen otra cosa y nos afirma en la idea expuesta el detalle de que «cada cultivo sólo sirve para cierta semilla».

Si esto puede llegar a comprobarse, dejaría de ser el poder germinativo una cosa sujeta a causas variables y se podría hacer la determinación previa de ese poder, por la presencia de las bacterias correspondientes.

Es indudable que actualmente la comprobación del poder germinativo (cajas de germinación) es empírica, pues se puede *ver* la germinación de unas pocas semillas solamente y se generalizan los resultados sin base para hacerlo.

Cuando se produce la primera raíz, al germinar la semilla, nacen también unas hojas «que no son las de la planta adulta, pero que son iguales en todos los miembros de una misma familia».

Esto facilita el conocimiento de las plantitas al nacer no más. Esas hojas no merecen el cuidado de la planta, porque ella las deja perder muy pronto, pero tienen un valor decisivo en su vida, porque si un insecto las corta, la planta invariablemente muere.

Es curioso que en las plantas formadas de codo o estaca no se producen hojas temporales, como sucede en la semilla (aun en este caso hay excepciones) sino que desde el primer momento la hoja es bien formada.

Respecto de la hoja debemos hacer algunas observaciones que nos parecen interesantes y a este punto dedicaremos nuestro próximo trabajo.

(Envío del autor).

TROPICAL INDUSTRIAL CO.
TICO
FABRICANTES - IMPORTADORES
COMERCIO NACIONAL

Nuestro café procede de las más afamadas fincas de la meseta central y tostamos solamente las MEJORES CLASES.

LECTOR amigo: ¿A usted de veras le gusta el REPERTORIO? Pues consígale un suscritor más, un aviso más. Es el mejor servicio que puede hacerle. Como también indicarle las personas que podrían recibirlo. Nos cabe el derecho de tanteo con ellas.

PASE USTED POR EL
TALLER DE EBANISTERIA
DE ENRIQUE GOMEZ C.
Situado 50 varas al Este de las oficinas de Mr. Lindo
Usted será atendido personalmente por su propietario
NO OLVIDE QUE DESEO DEJARLO SATISFECHO

El esfuerzo y la actividad, triunfan en la vida.

Pasa de QUINCE MIL YARDAS, los DRILES, COTINES, CÉFIROS Y MEZCLILLA que fabrica mensualmente la Compañía Industrial, EL LABERINTO y por su INMEJORABLE CALIDAD, PERFECCIÓN y SOLIDEZ, se vende todo a medida que sale de los talleres de la Compañía. El público puede encontrar esos famosos géneros de algodón y sus renombrados PAÑOS DE MANO, en los siguientes establecimientos:

SAN JOSE.—Jaime Tormo, «Bazar Costa Rica» (entre Botica Oriental y Botica Grillo. — José Simón, (Mercado). — Salomón Alcázar, «La Gaviota». — Daniel Arguedas (Mercado).—Ismael Vargas (Mercado).—Jaime Vargas (Mercado). —Tobías A. Vargas, «La Luz».—Enrique Vargas (Mercado). —Domingo Vargas (Mercado). — Sérvulo Zamora (Mercado). —Antonio Alan & Cº. — Domingo Vargas, (Mercado). — José Barzuna Sauma (Mercado).—José Barzuna Mena (Mercado).— Esquivel Hermanos, «La Gitana». — R. Guilarte & Cº, «La Reina».—José Sarkis, «La Gran Señora». — Colegio de Sión.— Colegio de Señoritas.—José Nassar (Mercado).

La COMPAÑÍA INDUSTRIAL, EL LABERINTO cotiza todos sus productos al cambio del día, y en calidad y precio compite ventajosamente con los extranjeros.

Apartado No. 105 — Teléfono No. 254
SAN JOSE DE COSTA RICA

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica